

C. González-Ruano
Un gran centro de cultura
(*Heraldo de Madrid*, 2-5-1928)

¡Casa de la Democracia de Valencia! El nombre es todo un programa de evocaciones, de realidades palpitantes y de alentadoras promesas. Toda la Valencia del día de mañana está vibrando de esperanza en quienes vemos a estos niños de hoy que se han emocionado ante la muerte de Blasco Ibáñez con una fina intuición sensible de lo que Blasco era para Valencia y para España.

Enclavada en uno de los más modernos barrios de la capital, todo parece haberlo reformado a su alrededor, pues estas calles precisamente eran un plantel de mancebías cuando se levantó este hermoso edificio de tres pisos.

¡Casa de la Democracia de Valencia! Parnasillo de artistas que modelan su obra en la dialéctica animada de las mesas de su café. Hoy, en el rincón de la tertulia literaria, el retrato del ilustre valenciano muerto destaca entre negros crespones de duelo. Hablemos un poco de gratos temas de cultura, arte y libertad.

El paisaje

Preciso hablar antes de la antesala florida de Valencia. Dos palabras de cortesía al paisaje.

Al llegar, un olor fuerte y gratisísimo despierta al viajero que cabecea su sueño difícil —pesadilla de carbón y mal sabor de madrugada en la boca seca— en el enguatado del vagón. ¡Naranjales de la huerta de Valencia! Y barracas, barracas, barracas. ¿Pues no decían que no había barracas más que en las novelas de Blasco Ibáñez? Las veo aquí, entre los naranjales donde la primavera adelanta sus horas, entre el prodigio de la huerta...

De pronto, así, como os lo digo, vemos algo muy azul al fondo. Creemos que es el mar de Valencia, y es el cielo.

¡Qué tontos; si el mar está al otro lado! Y qué belleza en esta confusión poética del mar y el cielo en el paisaje, al llegar a Valencia, cuando un olor fuerte y gratisísimo despierta al viajero. ¡Naranjales, mar y cielo de la huerta: buenos días!

El antiguo casino de la calle de Libreros

Casino de Fusión Republicana. Calle de los libreros, cerca del colegio del Patriarca que fundó el beato Juan de Rivera, el que expulsó a los moriscos de Valencia. (Portada de mármol valenciano, rejas forjadas... El Dragón del silencio cristiano antes de llegar a la cancela, ya sabe que es el personaje de un cuento de Blasco Ibáñez. Está un poco enfatuado y todo.) Barrio noble de Valencia con casas solariegas. El Casino de la Fusión Republicana era algo así como una injuria a la tradición religiosa y aristocrática.

Blasco Ibáñez se sentaba a su puerta y con la efusiva y elocuente palabra que siempre era la suya hablaba de política, de literatura, de la vida, en fin... El grupo de los admiradores interceptaba muchas veces el paso. Siempre les parecía poco el tiempo que el gran valenciano dedicaba a hablar.

Mientras Blasco estuvo en Valencia el Casino seguía en pie; pero nada más marchar él de Valencia complicados manejos —una verdadera confabulación del barrio clerical y tradicionalista— desalojaron el Casino de la Fusión Republicana. Entonces, como en una necesidad imperiosa, se pensó en tener un lugar propio donde reunirse los republicanos de Valencia.

Un mitin y un desafío

Allí, en aquel círculo de la Fusión Republicana, Vicente Blasco Ibáñez dio su famoso mitin llamado «La revolución en Valencia», todo un programa de cómo habla de organizarse el partido. De las doctrinas de aquel famoso discurso se nutren aún los republicanos de Valencia.

Convocar la gran figura de don Félix Azzati es imprescindible al hablar del Casino de la Fusión Republicana. Azzati, luchador infatigable a quien Blasco le dio las llaves del ideal republicano llamándole «¡Hijo mío!», era entonces ya una de las más destacadas figuras de las izquierdas levantinas. En aquel Casino se batió con don Francisco Maestre, quien más tarde fue muerto por los sindicalistas.

Azzati, mosquetero de sus ideales, arriesgó muchas veces, como Blasco, su vida, y lo hacía así, caballerescamente, jugando con el flexible acero de una espada a defender el corazón, tal vez sin odio suficiente, para buscar el del contrario.

La fundación de la Casa de la Democracia

Los socios del Casino de la Fusión Republicana encontraron el apoyo económico de cuatro o cinco correligionarios, quienes alzaron la Casa de la Democracia en la calle de Alfredo Calderón. Es un magnífico edificio, y la instalación, inteligentemente aprovechado el local, sirve para café, escuelas, la Universidad Popular y salón de actos.

En febrero de 1914 se inauguró la Casa de la Democracia, siendo su primer presidente don Juan Manuel Ortega, ex concejal republicano, y don Vicente Orts, director de las escuelas, a quienes los valencianos acaban de ofrecer un homenaje para celebrar sus bodas de plata con la enseñanza.

Tienen las escuelas en la actualidad seis maestros de sección, dos de ellos profesoras, y 496 alumnos. La labor de la Casa de la Democracia en la enseñanza es enorme: el 11 de febrero del actual se repartieron entre los escolares más de dos mil libros, muchos de ellos dedicados por los donantes a los alumnos que estaban consignados, con lo que se establece un medio sentimental de relación en el recuerdo de los hombres de mañana a los que en una época cuidaron de enseñarles aquellas doctrinas que, según sus conciencias, eran las que debían mantener en alta voz, las que debían propagar con el libro y el ejemplo austero de sus vidas consagradas a un ideal.

Trabajo y orientaciones

Fue don Vicente Blasco Ibáñez quien pensó elevar un casino y una escuela laica en cada distrito de la ciudad de Valencia. Esta preocupación ha tenido siempre el presidente de la Casa de la Democracia, y de ella me hablan Azzati y Just, lugarteniente de Azzati y alma de las escuelas, que son una creación directa de su voluntad y de su talento.

La Universidad Popular es otra de las grandes arterias de la Casa de la Democracia. Después de muchos años de no actuar funciona hoy y realiza una interesante labor gracias a la insistente preocupación de Just, su vicepresidente, y de Azzati, quien, aun más apartado de ella por la necesidad de atender a *El Pueblo*, que dirige, da a toda la Casa de la Democracia el ánimo de su nombre.

Fue establecida por Blasco Ibáñez, y casi todas las semanas se da en ella una conferencia de sociología, literatura o arte. Por su tribuna

han pasado, entre muchos más, Unamuno, Labra, Azcárate, Simarro, Casanova, Baltuart, Gil y Morte...

El nombre del poético pueblo de Buñol, llamado la Suiza española, va unido íntimamente al de la Casa de la Democracia. Sostiene esta allí una colonia escolar que hoy lleva el nombre de Colonia Blasco Ibáñez. Antes el Ayuntamiento daba para que pudieran ir estos niños enfermos, pre-tuberculosos en su mayoría, seis mil pesetas anuales. Hoy no existe subvención alguna y el vicepresidente de las escuelas, señor Just, ha conseguido un buen éxito con una suscripción pública, pudiendo enviar a Buñol diecinueve colonos más que los años anteriores.

Existe, pues, una filantropía admirable, que fue iniciada para la Casa de la Democracia por don Manuel García Zahonero, quien legó su fortuna a las escuelas; por su hermano don José, que creó una beca; por don Arturo Suay y por otros muchos.

¿Proyectos? Muchos. Luego contaré lo que me dicen Just y Azzati. Veamos ahora el Café de la Democracia. Vamos a sentarnos un rato en sus tertulias.

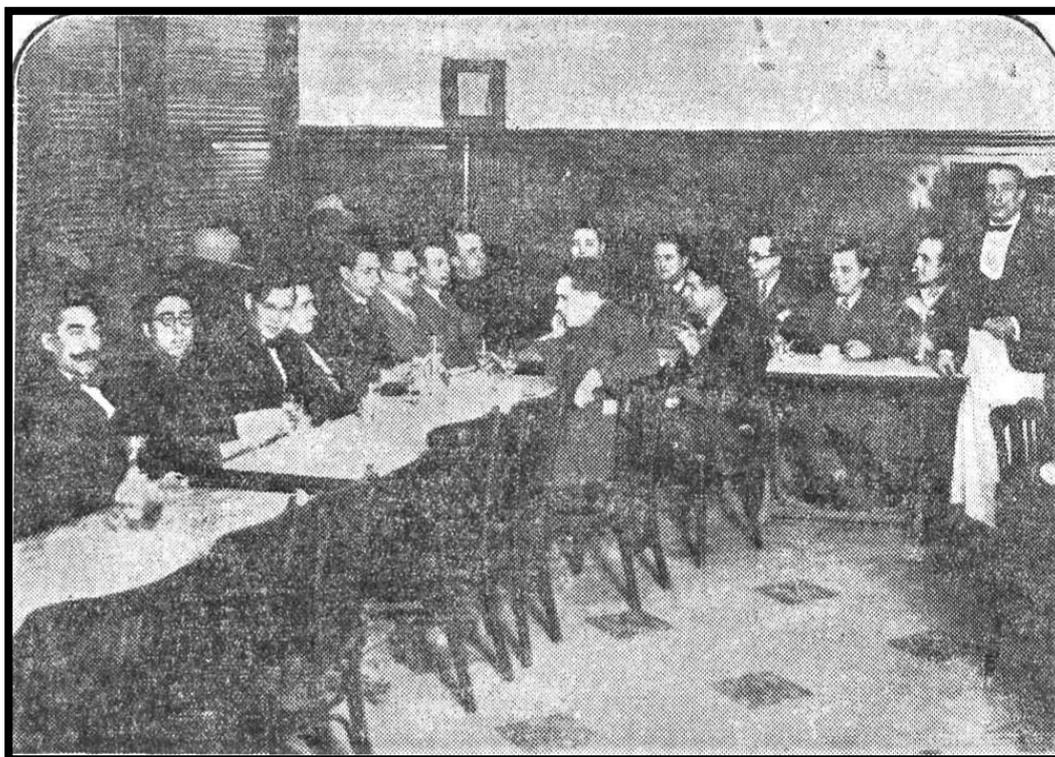
«Alma joven»

Así se llama la numerosa tertulia de escritores y artistas que en el rincón de la izquierda, cerca de la ventana, convoca el retrato de Blasco Ibáñez. Se llama así en recuerdo a una revista que con este título fundaron Estelles, Esplá, Just y Paco Galán.

Todo escritor que pasa por Valencia viene a este amable rincón del Café de la Democracia. Y todos se llevan una prueba de hospitalidad y halago. Ellos dieron el banquete a Eugenio Noel y a Vasconcelos. ¿Anécdotas? Muchas. Just, Pizcueta, Sigfrido Blasco..., todos me cuentan cosas serias y cosas divertidas. Por ejemplo, el desafío de Carlos Esplá con un escritor amigo de Noel, casado con una americana rica y enredado en amores con una hermosa valquiria. Un día llegó este escritor a la tertulia. Era un caso de superelegante, e inconscientemente Esplá le manchó el pantalón con el agua de Seltz. Fue una injuria de lesa elegancia.

—Algo así —me dicen— como manchar con barro la gardenia de Wilde.

Y se batieron. Otra vez...



El maravilloso barón Milorad de Raïtchevitch

Vino a Valencia un buen día aquel maravilloso barón serbio Milorad de Raïtchevitch. Su aparición en el Café de la Democracia fue un acontecimiento. Era un hombre gordo y ducal de gran melena negra, enfundado en un chaqué. Contaba en un español discreto sus muchas indiscreciones. Era extrañas aventuras de desafíos y amores en cortes y palacios de película. Princesas desmayadas en sus brazos, mirándose los ojos en sus uñas pulidas.

Fue bien acogido, hasta que un día...

—Sí, me he informado y es un espía de los alemanes —dijo alguien.

Y se decidió un sorteo para ver a quién le correspondía el honor de echarle. El favorecido por la suerte fue Esplá.

—Resultó —me dice Just— algo violento; hubo que echarle del café a patadas. No protestó.

Y no volvió el maravilloso barón Milorad de Raïtchevitch. Aún queda su recuerdo equívoco, en Valencia y su extraño libro impreso allí con el título de *Los viajes del famoso Milorad de Raïtchevitch*.

La tertulia de los toreros

Ocupan el ángulo de divanes formado enfrente al de la tertulia de los escritores. Son gentes animadas, ruidosas. Hablan de toros y toreros. Juegan a las cartas y los domingos fuman grandes vegueros de Canarias. Entre ellos se ve muchas tardes al hijo mayor de Azzati y a Sigfrido Blasco.

Hay una buena amistad, una admirable inteligencia entre la tertulia de los toreros y la tertulia de los escritores. Algunos de estos se pasan de una a otra mesa. Son los toreros admiradores de Granero, y la admiración por el valiente y malogrado diestro los congregó hace años en esta misma mesa de café.

¡Mesa de los toreros de Valencia! En ella se sueñan bravas gestas taurómacas, días de gloria y poderío, amores nacidos en la admiración femenina al revolver un capote en una tarde dorada y moruna. Los versos del poeta Villegas nos llegan a la imaginación:

«Si Dios hubiera querido
yo hubiera sido torero...»

El día que Eugenio Noel entró en el Café de la Democracia hubo un silencio grave en la tertulia. Venía el «malange», el detractor del arte de los toros, que, según la copla, vino del cielo. Sin embargo, hubo una acogida respetuosa. Entre los escritores Noel hablaba de flamenquismo y cuernos. Hablaba con gracia, salpicando de anécdotas la relación. Hasta que uno de los aficionados que le oía desde la otra mesa dijo en voz alta a los compañeros:

—Es muy salao ese tío. ¡Todo un torerazo hablando!

Antonio

Antonio. ¿Y quién es Antonio? Pues toda una institución en el Café de la Democracia. Veterano de los camareros, es famosa su cara sonriente, su sentido paternal para el parroquiano, su raya esmeradísima que llega hasta la nuca.

Él ha conocido a Blasco Ibáñez —a don Vicent— hace muchos años. Ha oído los mítines de Azzati antes de que la lucha hubiera dejado afónica su garganta. Aplaudió en el teatro a Mario Blasco, el dramaturgo excelente; ha visto casar, hace poco, a Sigfrido... Antonio es una institución de tipo histórico en la Casa de la Democracia, algo así como el apéndice a la revolución de Septiembre.

Establece él mismo las propinas, cobrando cinco céntimos a los antiguos, diez a los menos antiguos o amigos de aquellos, quince a quienes no tiene por qué guardar consideración de antigüedad o amistad.

Además entiende los signos de la masonería. En la Casa de la Democracia hay mucho masón. Yo lo noté al llegar. Hay algo que delata al masón. No sé si el modo de hacerse la corbata o el sistema de abrir las páginas de un libro. Pero yo iba contando: ese, y aquel, y... Cuando me encontré con la mirada fría de Just. De mi buen amigo Just, alma de la Casa de la Democracia, que había dado gentiles órdenes a Antonio de que no me cobrara jamás. Aquella mirada me cohibió un poco cuando yo contaba anécdotas de la masonería, que no hicieron demasiada gracia.

Cortesía a unos amigos

Es grato deber de cortesía hacer mención a una comida clásica que los amigos de la Casa de la Democracia me dieron en la huerta, en la barraca de «Con-Ole». Comiendo todos en una gran sartén la paella fabulosa, tuvo aquello algo de rito, donde el que más oficiaba con vino laico era el pintor Cuñat. (Querría hablar del gran pintor Cuñat, sucio y lunático, barbudo y artista.) Malboysson contaba anécdotas, y yo le pedía que hablara de astronomía y magia a Pizcueta, a quien había confundido con Pigmalión. Todo estuvo muy bien. Como eran días de Carnaval, Senens Pons, conforme comía grandes cucharadas de arroz y pinchaba «tropezones», se iba disfrazando de Gargantúa. Un Gargantúa de Levante que me decía a cada minuto:

—¡Usted no come apenas, querido!

Esta estampa de excesivos colores, en plena huerta valenciana, y la visita a la «Malvarrosa» de Blasco, facilitada por Llorca y los hijos del novelista, vivirán siempre en mí. En mi calidoscopio de viajero, aquellos amigos de la Casa de la Democracia tienen un relieve bien personal. Y, sobre todo, en relieve magnífico, Senens diciéndome:

—¡Qué poco arroz come usted, amigo Ruano!

Proyectos

En las escuelas de la Casa de la Democracia, primero, y en la redacción de *El Pueblo*, después, don Félix Azzati y Just me hablan de las actuales orientaciones.

—Mire usted—dice Just—, se ha creado un comité para que se ocupe de continuar la obra de instrucción pública de Blasco Ibáñez, fomentando escuelas y creando bibliotecas populares.

—El presidente de este Comité es Just —me dice Azzati—. Y al mismo tiempo ensancharán la casa de la Colonia escolar de Buñol. Es preciso hacer por los chicos cuanto se pueda. Se lo merecen. Tenemos muchachos aplicados, inteligentes, y no olvidamos que ellos son los hombres del mañana, los hombres que quizá vean cumplido un ideal que para nosotros no es sino esa cosa vaga y romántica de ideal.

Siento no recordar el nombre de este amable señor de grandes bigotes que aparece el primero en la fotografía de los contertulios al Café de la Democracia. A esa tertulia que apuntó el fogonazo del fotógrafo con la misma tranquilidad que habrían soportado en el pecho el fogonazo de un máuser, pajarón cantor de las revoluciones. El me dice algo muy interesante y algo muy bello:

—Organizará la Casa de la Democracia una excursión anual a Menton en los aniversarios de la muerte de Blasco mientras el cuerpo del maestro repose allí.

Nota final

Han pasado dos meses desde que escribí estas cuartillas de información. Razones de trabajos más apremiantes me han impedido publicarla antes, pues que para ello era preciso el trabajo material de copiar sobre una mesa lo que estaba escrito sobre las rodillas o esa tablilla que les sale a los vagones del tren.

Hoy, claro es, la información no me gusta. La encuentro fría literariamente, aunque exista calor en una adjetivación elogiosa que precio demasiado fácil. ¡Qué le vamos a hacer! Imposible ya reconstruir un momento espiritual pasado. En dos meses el valor de las figuras ha cambiado no de valor, sino de estructura y aun filiación. Por ejemplo, Félix Azzati ya no me puede hablar. Hace días le visité en el sanatorio de Villa Luz. La vida le había mordido en la garganta llevándose su voz, que cautivó a las muchedumbres.

Así el paisaje. La primavera incipiente, en promesa de azahares entonces, ha madurado ya en la huerta valenciana.

Seguramente, mis buenos amigos de Valencia me podían dar fresas en una comida de hoy. Las fresas que ayer se lamentaban de no poder ofrecermé después del sabroso y excesivo arroz.

Quizá vaya a comerlas; con ellos... y con azúcar.